



Los medios que habito

Sé lo que deben estar pensando: pérdida del juicio de realidad, delirio, alucinaciones. Es algo de libro y es por eso que hoy me han citado aquí, después de firmar un consentimiento.



Alguien se acomoda en su puesto y su silla emite un chirrido. Todos siguen en silencio.

Dejo caer el lápiz dentro del vaso de agua. El doctor Marín parece fascinado, ¿le estoy dando un buen espectáculo a sus alumnos?

—¿Ven que el lápiz se tuerce? —comienzo a explicar—. Ahí, desde el punto en que entra en contacto con el agua: el lápiz se deforma. Pero todos sabemos que no es cierto. Lo que cambia es la trayectoria de la luz, no el lápiz. Al cambiar de medio, desde uno menos a uno más denso, cambia su dirección y por eso se desvía y se ve así. Todos saben eso, ¿cierto?

Me doy el gusto de dirigir la mirada a la audiencia. Los estudiantes más jóvenes son los únicos que asienten con la cabeza, algo nerviosos.

—Bueno, como todos estamos de acuerdo, también podemos concluir que esto es una... *ilusión*. ¿Cierto? El lápiz está intacto, tal cual lo vieron hace un momento.

Nadie dice nada, pero varios más asienten. La mujer de la entrevista parece inquieta, de seguro quiere registrar esto en su cuaderno. Lástima que ya no puede.

—Digamos que ignoramos las propiedades de la luz —continúo—, un niño podría creer que el lápiz se ha deformado al entrar en contacto con el agua, ¿no es así? Pues eso es lo que pasa conmigo. No entienden las dimensiones en las que habito, no entienden que estoy entre dos medios. Si acaso me ven desde su asiento, sin saber nada de mí, de lo que estoy hablando, creerán que estoy torcido, que estoy enfermo. Pero si entendieran realmente, si supieran lo que yo sé, podrían verme, no solo a mí, sino también esas otras dimensiones. Tendrían que escucharme sin juzgar e intentar comprender genuinamente. Esto es real, no estoy delirando.

Escucho una exhalación despectiva en un extremo del salón. Alguien parece escéptico a mis palabras.

—Si ustedes dieran ese paso —digo, ignorando la afrenta—, podrían hacer lo mismo que yo.

—¿Y qué es lo que puede hacer usted, precisamente? —pregunta el doctor Marín. Él ya sabe la respuesta. Se lo dije la primera vez que me entrevistó, así que su objetivo es evidente: quiere que los demás lo escuchen de mi propia boca. Quiere, una vez que yo salga del salón, poder preguntar a sus alumnos: ¿se dieron cuenta de esto y de lo otro? Él quiere un espectáculo, una representación gráfica del manual de trastornos mentales. Pero le puedo ofrecer algo mejor.

Saco el lápiz del vaso de agua, se escuchan unos ruidos de asombro, los más jóvenes se estremecen en sus asientos, la mujer se aferra a la cruz en su cuello.

El lápiz está torcido.

